

Un pacto, un castigo, y un misterio

Lymseria accedió a hacer el pacto con Bagdra. A cambio de ceder parte del control de sus poderes y ser su pequeña princesita obediente, el príncipe demoníaco le brindaría protección y le guiaría cuando ella entrara en su fase oscura. Lym se colocó en el círculo dibujado para el ritual.

—De rodillas, pequeña.

Obedeció. A continuación, Bagdra empezó a recitar un hechizo ancestral en el idioma draconiano, cosa que sorprendió a la princesa vagabunda. Antes de que pudiera preguntar por el extraño ritual, una cadena roja surgió de la mano derecha del príncipe y se dirigió al punto aparecido entre el cuello y el pecho de Lym. Se fue dibujando un colgante surgido a partir de un cristal de color diamante carmesí y brillante surgido del hechizo. El proceso resultaba doloroso, y el hecho de que el collar mágico se hundiera dentro de su cuerpo provocaba alguna que otra lágrima en ella.

Cuando terminó el ritual, Bagdra cogió en brazos a Lym, y la abrazaba y besaba mientras se dirigía a ella.

—Lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

Pasado un rato, y cuando ya no había dolor, él hizo brillar del interior de Lym el diamante mágico.

—¿Puedes sentirlo? Ahora sí que eres mía, mi pequeña.

Lym se abrazó a él y le miró tímidamente.

—Me da un poco de vergüenza, pero me gusta sentirme de tu "propiedad". —Bagdra rió y besó su cabeza mientras le escuchaba—. Siento curiosidad por el idioma del hechizo. ¿Cómo un demonio habla el idioma draconiano? Es una lengua muy poderosa que solo pueden hablar unos pocos. Nuyr, un elfo antiguo, logró leer en alto una escritura para crear un muro alrededor de Vartasias, antes de perder la voz. Sin embargo, tú no has perdido ni un tono.

—Lym, recuerda que pertenezco a una raza demoníaca emparentada con los dragones de sangre, de ahí el color del diamante y el ritual —respondió Bagdra mientras acariciaba el rostro de la princesa.

—Nuyr nació de una madre que hizo un pacto con un dragón de plata. Cuando haces pactos y vínculos con dragones podéis sufrir daño tú o tus descendientes como pago del precio —recordó la semielfa Medio Bruja.

—Depende del pacto. Si no implica sangre, no se transmite a nadie. Mi estirpe demoníaca sí hizo ese tipo de vínculos con los dragones. Y tienes suerte de que uno te haya vinculado a él, por lo que saldrás indemne —respondió y le besó en los labios.

—¿Me va a enseñar mi Amo a leer draconiano? —preguntó la chica ilusionada después de romper el beso.

—Vas a aprender a leer y a ser disciplinada, zorrita. Ahora es el momento de cobrarme ese robo de la llave para abrir el baúl —dijo con cierto tono de humor mientras miraba seriamente y sostenía con los dedos el mentón de Lym.

—¡Oye, no es justo! Los castigos no pueden tener carácter retroactivo. Además, quería vestirme así para ti —se quejó la princesa sin evitar sus dedos.

—Y es todo un detalle. Pero ahora te voy a enseñar que tienes que preguntar antes de robar nada a hurtadillas. Desnúdate y colócate allí. —Su tono se había vuelto grave y serio.

—V-voy. —Lym estaba sonrojada ante la presencia imponente de Bagdra. Éste le tiró del

pelo y ella se paralizó en el sitio.

—¿También tengo que recordarte cómo has de dirigirte a mí, puta? Dilo bien.

—Sí, mi Amo.

—Mucho mejor. Ahora haz lo que te he ordenado.

Lymseria se quitó toda la ropa y quedó totalmente expuesta a Bagdra. Se colocó en la pared de espaldas al demonio y éste encadenó las manos hacia los lados.

—Cuenta en alto todas las veces que te dé con la fusta.

—Sí, mi Amo.

—Buena chica.

Bagdra no tuvo piedad. Se empleó a fondo con la espalda y el culo de la chica hasta que ésta contó veinticinco fustadas. Lymseria, a pesar de haber dado algún grito de dolor por semejante castigo, sentía mucho placer. Aun así, no quería que se notara demasiado, por si acaso. Justo entonces, mientras pensaba en esto, el demonio blanco rió mientras le acariciaba la espalda.

—¿No te lo he dicho? Una de las consecuencias de la vinculación es que puedo percibir lo que sientes en cada momento. No puedes ocultármelo, mi putita. Responde, y sin mentirme: ¿disfrutas con los castigos de tu Amo?

—Sí, mi Amo —respondió Lym entre sonrojos y susurros, mirando al suelo. Bagdra entonces se colocó a su derecha. Le levantó el mentón y le obligó a mirarle a los ojos.

—Cuando respondas, lo harás mirándome a los ojos y en voz alta, aunque estés muerta de la vergüenza. Y si estás atada, como ahora, tendrás que esperar a que yo me acerque a ti. ¿Lo has entendido?

—Sí, mi Amo —Lym no podía evitar estar demasiado cachonda cuando Bagdra le penetraba con la mirada (y con más cosas) y le hablaba autoritariamente.

—Buena chica —le dijo, aún serio, y de repente le abofeteó. Ella no se lo esperaba pero él cortó toda réplica posible—. Vuelvo a preguntarte, ¿te pone ser fustigada por tu Amo?

—Sí, me pone muchísimo que mi Amo me fustigue tanto como él desee —le respondió sin parpadear, sosteniéndole la mirada. El tono adorable con el que respondió la princesa despertó ternura y deseo a partes iguales en Bagdra.

—Bien. En tu caso, además, no necesito el vínculo para notar que dices la verdad. Me bastan mis propios dedos —se rió y los metió bajo las bragas de Lym. Deslizó sus dedos

por la piel con suavidad, se abrió paso entre los labios y palpó su coño. Después de un minuto, los sacó con tiento y se los acercó para que pudiera chuparlos, cosa que hizo ésta con sumo gusto.

—Sigamos.

Dicho esto, volvió a colocarla para que recibiera la siguiente tanda de fustazos y los contara en alto. Aunque fuera un castigo, a ella se le hizo muy corto. Y él lo sabía, pero prefería continuar de otra manera. Así pues, paró y empezó a soltar sus manos mientras se dirigía a la semielfa.

—Por ahora es suficiente. Teniendo en cuenta lo agotador que ha sido el ritual, has soportado muy bien tu castigo. —Bagdra besó a Lym—. Lo has hecho muy bien. Acompáñame ahora.

La guió en silencio hacia la cama y le indicó que se tumbara boca abajo y cerrara los ojos. Después, untó de aceite la espalda de la joven y empezó a darle un masaje con delicadeza. Cuando su efecto calmante empezó a surtir efecto, retomó la palabra.

—Háblame sin miedo mientras te doy el masaje. Van a quedarte unas marcas preciosas, pequeña. Una lástima que tengas que esconderlas.

—¿Esconderlas? Me encantaría lucirlas. Significan que soy una buena chica que acepta los castigos de su Amo y Señor —le respondió con voz dulce—. Además, nadie se daría cuenta de su origen. ¡Nos pasamos buena parte del tiempo luchando! —rió Lym.

—Es... cierto, la verdad. Tal como tienes el cuerpo entero, y la espalda por los nudos que estoy viendo, nadie sabría que tienes Amo, más bien una contienda tras otra —observó Bagdra—. Así que tendré que hacer marcas diferentes a las que te haces en batalla. Ya pensaré en algún hechizo para hacerte marcas únicas... —respondió, pero le miró con diversión cuando vio que ella enterraba la cabeza en la almohada, cohibida—. Oh, ¿acaso te da vergüenza? ¿No querías presumir de lo buena putita que eres?

—Claro, pero también temo que queden marcas feas —respondió mientras se reincorporaba y alzaba el rostro para responder, pero esta vez le costó mirar a los ojos al demonio. Ansiaba que él dejara huella en su piel pero no quería decepcionarle si quedaban mal o si no le gustaban. Se abrazó las rodillas.

—Lymseria, mi niña, ¿crees seriamente que dejaría una piel tan suave y preciosa de cualquier manera?— Bagdra había hincado una rodilla en la cama y le había cogido del mentón. Ella odiaba y deseaba ese gesto a partes iguales—. Sin embargo, haces bien en dudar de lo que desconoces. Por muchos años que pueda tener alguien de experiencia en cualquier campo, no significa que la haya adquirido en buenas condiciones ni que lo haya hecho correctamente. Así que, hasta que no estés conforme con la manera en que deseas quedar señalada, este conjuro puede esperar. No tenemos prisa.— le dijo, tranquilizador. Se sentó a su lado, con una pierna colgando de la cama.

—Gracias por pensar en mí y en un modo estético de marcarme —la princesa se atusó el pelo. Miró hacia la Primera Luna y luego hacia Bagdra—. ¿Sabes? Tienes unos ojos muy curiosos que no le he visto a ningún demonio ni ser vivo. Son lilas, pero cuando estaba bajando las escaleras de la taberna, pude ver de refilón tonos dorados y plateados,

como los de los dragones ancestrales de los que hablan las leyendas. Ya sabes, en un momento en que se te bajaron las gafas.

—Pequeña mía, ¿no recuerdas que la tasca tenía muy poca luz y un montón de gentuza? Ahí se puede ver hasta a un orco recitar el Sancta Felinaes sin desgañitarse si bebes hidromiel roja y fumas Flor de Oasis —respondió para salir al paso como pudo. Para disimular aún más el apuro por el que estaba pasando, el príncipe demoníaco se acercó a la chica aún más y le agarró suave pero con firmeza los pechos. Acto seguido, se acercó a su cara y le susurró al oído—: Cuando despierte mañana, deseo que mi zorrita se convierta en una vaquita obediente y le dé el desayuno a su venerado Amo.

Lym pretendía volver al tema, pero el masaje que Bagdra le estaba dando en las tetas le impedía concentrarse. En ese momento solo deseaba masturbarse, pero él le cogió la mano antes de que la metiera en las bragas. ¡Qué osadía!

—Por favor, mi Amo, ruego piedad. Me pone demasiado que me manosees las tetas y me las comas.—imploraba ella.

—Lo sé, pero ahora que eres mía, puedo inducirte el sueño, y si duermes cachonda, estas

preciosas gemelas estarán deseando soltar toda la cantidad de leche acumulada de esta noche y entonces podré comérmelas como tanto deseas.

Era rebuscado, pero la semielfa se derretía al escucharle. Bagdra besó a Lym mientras la hechizaba para empujarla al mundo onírico. La acostó y le susurró escenas sexuales, y pudo comprobar que la combinación de hechizar a Lymseria, excitarla, e inducirle el sueño mágicamente aumentó ligeramente el rubor de toda su piel, senos incluidos. Satisfecho, Bagdra apagó las luces y se quitó las gafas antes de dormir.

En la penumbra, se podía apreciar como unos ojos color lila brillantes cambiaban a otros dorados y plateados con las pupilas rasgadas. Pero la semielfa dormía ya y no pudo confirmar su teoría.